

cro, debemos nosotros hacer para salir del pecado. Esta será la materia de la leccion de mañana.



MARTES DE PASCUA.

LA solemnidad de este tercer día, no es otra cosa que una continuacion de la del primero, pues es la misma celebridad, el mismo misterio, la misma fiesta de este dia es la de los dos antecedentes. El Introito de la misa de ayer, nos anuncia el derecho que nos adquirió el Salvador, por su Resurreccion á la tierra de promision, bañada de rios de leche y miel, esto es, á la celestial Jerusalem, dulce morada de los bienaventurados y que nosotros miramos desde este destierro como nuestra celestial patria. El Introito de la misa de hoy nos descubre las principales ventajas de esta rica herencia que Jesucristo nos mereció. El Señor les dió á beber el agua de la sabiduría, aquella agua viva que salta hasta la vida eterna. Hechos hijos adoptivos del Padre celestial, no serán forzados ya, como les sucede á los esclavos, á cavar aquellas cisternas en que no hallaban sino una agua turbia y cenagosa, incapaz de apagarles la sed: de hoy en adelante hallarán en la casa del Padre de familias, esto es, en la Iglesia, un manantial de agua viva, que alumbrará sus entendimientos y les dará la inteligencia de las mas sublimes verdades, y el don de una sabiduría que les enseñará el camino del cielo, y no los dejará estraviarse. Bendigamos al Señor, por una tan gran misericordia. Este don de sabiduría no será pasajero; permanecerá en los hijos de Dios: este manantial de agua viva no se secará jamas en la Iglesia. Las mas crueles persecuciones, las ruinas y destrozos, por decirlo así, de tantos millones de cuerpos de mártires no han podido hacerla tomar otro curso; la fuente de agua viva, de esta agua saludable de la sabiduría, no se puede hallar en las sectas; no se encuentra, ni puede encontrarse sino en la verdadera Iglesia: no hay otros que beban de ella sino los hijos de esta Iglesia. Bendigamos eternamente al Señor por un tan señalado beneficio. El mundo, cuya pretendida sabiduría no es sino necedad, mirará con desprecio á los hijos de Dios, que son verdaderamente los hijos de la luz; pero la sabiduría pura, santa y verdadera, cuya fuente han encontrado, los colmará eternamente de gloria: no cesemos de dar gracias á Dios por un tan

insigne beneficio, y cantemos sus alabanzas con una santa alegría. Cantad las alabanzas del Señor, invocad su nombre, y haced que todos los pueblos de la tierra conozcan la grandeza de sus obras. La Iglesia no puede contener su gozo en todo el tiempo Pascual, y así no tiene en la boca sino cánticos de alegría y acciones de gracias, y su reconocimiento por el beneficio de la redencion, la lleva á querer inspirar sus mismos sentimientos á todos los pueblos de la tierra.

La Epístola es del capitulo XIII de los hechos de los apóstoles; donde se nos refiere el sermon de San Pablo á los judíos de Antioquía de Pisidia. En esta ciudad, capital de la Siria, que recibió la fé de Jesucristo por la predicacion de los apóstoles, veia crecer cada dia el número de los fieles, y tuvo la dicha de oir la primera vez llamarse *cristianos* los discípulos de Jesucristo, lo que fué hácia el año de 43 de la era cristiana. Habia en esta Iglesia muchos profetas y doctores, entre los cuales estaban el santo, que bien pronto tomó el nombre de Pablo y Bernabé. Habiendo el Espíritu Santo escogido á San Pablo y á San Bernabé para que fuesen á predicar á los Gentiles, partieron los dos apóstoles sin dilacion, y la primera ciudad donde hicieron mansion, fué Seleucia, ciudad marítima de Siria, poco distante de Antioquía. De allí pasaron á la isla de Chipre, predicando en todas partes con muy feliz suceso, y haciendo muchos milagros. Habiendo partido de Patfos, San Pablo y San Bernabé, se embarcaron con muchos fieles que se les habian juntado. Entraron en Perges, ciudad de Panfilia, y pasando mas adelante, llegaron á Antioquía de Pisidia, donde estaba establecido un gran número de judíos, que hacian un rico y ventajoso comercio. Habia en dicha ciudad una famosa Sinagoga, á que concurrieron los dos apóstoles el sábado. Habiendo entrado en ella cogieron puesto, y habiéndose sentado, oyeron lo que se leia. Era costumbre entre los judíos leer todos los sábados en sus Sinagogas, un capítulo de la ley y algun pasage de los profetas: despues de lo cual el que presidia la junta convidaba á alguno, especialmente á los estrangeros, á hacer alguna plática al pueblo sobre lo que se acababa de leer. Acabada la lectura ordinaria, el que presidia, envió á decir á Pablo y á Bernabé que si tenian alguna palabra de consuelo que decir al pueblo, se les oiria con gusto. Entónces San Pablo se levantó, y haciendo señal con la mano para que callasen, les habló de esta manera: „A vosotros, hermanos mios, hijos de la

raza de Abraham, y á vosotros que temeis á Dios (estas palabras se dirigian á los prosélitos y á los gentiles que creian en el verdadero Dios, y que asistian el sábado á las Sinagogas para instruirse y oír hablar de la ley), á vosotros se dirigen mis palabras. Vosotros sabeis como Dios, ha sido siempre el protector que escogió y distinguió á nuestros padres, hasta darles la preferencia sobre todos los demas pueblos del mundo. No ignorais las infinitas maravillas que ha hecho en favor de este pueblo escogido. ¡Qué de prodigios para sacarlos de la servidumbre de Egipto! ¡Con qué bondad los soportó en el desierto, por espacio de cuarenta años! ¡Qué de victorias ganadas; qué de enemigos vencidos para ponerlos en posesion de la tierra que les habia prometido! ¡Qué proteccion mas especial que la que usó Dios con ellos, bajo el gobierno de los jueces, casi por espacio de cuatrocientos y cincuenta años! ¡Pero qué bondad bajo el dominio de los reyes, sobre todo, bajo el de David, de aquel rey segun su corazon! De su raza en cumplimiento de su promesa, hizo Dios nacer para Israel un Salvador que es Jesus, cuya venida anunció Juan Bautista, aquel admirable precursor del Mesías prometido tantos siglos antes, el que nada omitió para dar á conocer el divino Salvador que anunciaba. No me conoceis, les decia á los judíos, que iban en tropas al desierto para oírle; y vosotros me teneis por el Mesías; pero no lo soy: el Mesías es el que va á dejarse ver despues de mí: yo ni aun soy digno de desatarle las correas de los zapatos. Hablaba Juan no solo á sus oyentes, sino tambien á vosotros, mis queridos hermanos, dignos hijos de Abraham, á vosotros no menos que á ellos dirigia esta palabra de salud. Tambien para vosotros fué enviada la palabra eterna, y el Verbo divino. Ya se habia manifestado bastante por sus profetas, como lo veis en las predicciones que leis todos los sábados, en vuestras Sinagogas. En fin, se le ha visto, se le ha oido á él mismo, y los estupendos milagros que hizo mientras estuvo con los hombres, daban bastante á entender lo que era; pero aun que vino á su propia herencia, los suyos no le recibieron. El pueblo de Jerusalem, los príncipes y cabezas de él no quisieron reconocerlo por el Mesías, y en el acto mismo de condenarlo, cumplieron las palabras de los profetas que se leen todos los sábados: y por una impiedad y una injusticia sin igual, no habiendo encontrado en él cosa que mereciese la muerte, pidieron á Pilato, que lo hiciese morir. Con esto ejecutaron enteramente,

aunque sin saberlo, cuanto habian predicho de él los profetas, y cuanto contienen sus libros, y hartándole de oprobios, y haciéndole espirar en una cruz, tambien sin querer sirvieron en cierto modo á sus designios y á su gloria; pues habiéndole puesto en el sepulcro, resucitó al tercero dia, y su muerte fué á un mismo tiempo nuestra salud y su triunfo. Este hecho es incontestable; tiene tantos testigos cuantos eran sus discípulos. Todos los que habian venido con él de Galilea á Jerusalem, lo vieron muchas veces despues de su Resurreccion, y todavia dan al presente un testimonio público y sin réplica de este prodigio. Este misterio fué la consumacion de la grande obra de la redencion de los hombres, prometida en otro tiempo á nuestros Padres, y la que nosotros os anunciamos el dia de hoy. La promesa se cumplió por la Resurreccion de Jesucristo, la cual es una prenda segura de la nuestra. La Resurreccion del Salvador es el cumplimiento, y como el compendio de todas las promesas. Es efectivamente la prueba de los demas misterios, el fundamento de las verdades que creemos, la prenda y como las arras de los bienes que tenemos derecho de esperar.

El Evangelio del dia es la relacion que hace San Lúcas de la aparicion de Jesus resucitado á todos sus apóstoles y de mas discípulos juntos, hácia el anochecer, despues que los caminantes de Emaús hubieron vuelto á Jerusalem, y contado lo que les habia pasado en su viage. Era esta la quinta vez que habia aparecido el primér dia de su Resurreccion.

Habíase aparecido este dia el Salvador á Magdalena, y á sus compañeras al volver del sepulcro, á S. Pedro y á los dos discípulos que habian ido á Emaús; pero no quiso dejar pasar el dia sin hacer el mismo favor á todos los apóstoles y discípulos juntos. No hacian mas de llegar los de Emaús, y apenas habian contado á todo el congreso su dichosa aventura, cuando Jesucristo se dejó ver en medio de ellos. Habia entrado en la sala estando cerradas todas las puertas: era la tarde del domingo mismo de la resurreccion: era de noche y estaban para ponerse á la mesa; pero antes habian tenido el cuidado de cerrar bien todas las puertas, temiendo ser sorprendidos y maltratados de los judíos. En este tiempo, pues, se presentó el Salvador de repente en medio de ellos, los saludó, segun tenia de costumbre, diciéndoles: la paz sea con vosotros; yo soy no temais: tenian necesidad los discípulos de espresiones que calma-

sen sus temores, porque aunque esta visita tan poco esperada los regocijase y alentase su esperanza; con todo, una aparición tan repentina los había asustado, y el temor se había apoderado tanto de ellos, que se imaginaban ver una fantasma ó un espíritu revestido, como lo suelen hacer los angeles, de un cuerpo aparente ó prestado. El Salvador, que nada de esto ignoraba, los sosegó, con una bondad y una afabilidad extraordinaria. No temais, hijos míos, les dijo: vosotros no podeis comprender cómo un cuerpo pueda entrar en una sala, cerradas las puertas; y os imaginais no ver en mí sino un espíritu, y así temeis que haya en esto alguna ilusion y algun engaño; pero sosegad vuestros temores, hijos míos, que yo soy vuestro Salvador, vuestro Maestro, y vuestro Padre; este cuerpo que veis, no es cuerpo fantástico ó extraño: es el mismo cuerpo que fué enclavado en la Cruz: mirad todavía en mis manos y en mis piés las cicatrices de los clavos, no os fieis de solos vuestros ojos; alargad la mano, tocad este cuerpo, y convenceos que en esto no hay fascinacion en vuestros ojos; que lo que veis, no es un aire configurado en un cuerpo; sino que es un cuerpo palpable, un cuerpo real, que es mi propio cuerpo compuesto de carne y de huesos, lo que un espíritu no puede tener ni contra hacer. Despues de lo cual, levantando lo bajo de su túnica, les mostró sus piés y sus manos. Es de creer, que los apóstoles y discípulos tocaron efectivamente con sus manos el cuerpo de Jesucristo. Aunque estaban llenos de gozo, no creian aún, dice el Evangelio, y estaban atónitos. Un gozo excesivo, cuando es repentino, suspende el juicio y el discurso, y aun llega á inspirar una especie de desconfianza: la improvisa posesion de un bien que se desea con ansia y que casi no se osaba esperar, hace ordinariamente que apenas se dé crédito al informe de los propios ojos; pero la dificultad que tienen en rendirse á unas pruebas tan visibles de la resurreccion del Salvador, ha servido mucho mas á hacer incontestable la verdad de este misterio, que lo que hubiera podido hacerlo una incredulidad precipitada; pero queriendo el Salvador acabar de convencerlos, les preguntó si tenían á la mano alguna cosa que comer. Inmediatamente le presentaron un trozo de un pez asado y un panal de miel. Aunque en el estado glorioso en que estaba el Salvador, no tenia necesidad de alimento, sin embargo, comió verdaderamente para convencerlos de la realidad de su cuerpo. San Agustín dice: ¡Quién no admirará aquí la bondad y la condescendencia del Salvador para con

todos sus discípulos? No contento con haberse manifestado á algunos de ellos en particular, se deja ver de todos, se presta, se acomoda á su flaqueza, y los convence de la verdad de su resurreccion por todos los caminos que podian desear. Se les manifiesta, les habla, les da mil seguridades, responde á sus dificultades, resuelve sus dudas: quiere que se aseguren por sus ojos y por sus manos, de la realidad de su cuerpo; bebe y come con ellos, aunque no tenia necesidad, ni de lo uno ni de lo otro. ¡Tenemos nosotros la misma condescendencia, la misma indulgencia para con los flacos? ¡Ah, Señor! y ¿cuándo aprenderemos del Salvador á ser mansos y humildes de corazon como él?

Lo que S. Lucas cuenta de Jesucristo en lo demás del Evangelio de este día, puede mirarse como un compendio y resumen de las instrucciones que dió el Salvador á sus apóstoles en las conversaciones que tuvo con ellos en lo sucesivo. No obstante, es probable que en esta aparición les insinuó ya alguna cosa en general. Viendo, pues, Jesucristo, que los apóstoles y discípulos habían vuelto de aquella especie de pasmo, y calmado ya todos sus temores, les dijo: si haceis memoria de lo que me oisteis decir cuando estaba con vosotros antes de mi muerte, os acordareis que os predije todo cuanto ha sucedido: que era preciso se cumpliese todo lo que está escrito en la ley de Moises, en los profetas y en los salmos. Abrióles entonces el espíritu para que entendiesen las escrituras. En efecto, no basta que Dios nos hable en las escrituras; es menester que nos dé tambien la inteligencia de lo que contienen; esto es lo que hizo entonces el Salvador en favor de sus apóstoles y discípulos: iluminó sus entendimientos, y les hizo comprender lo que jamas habían podido entender: que era menester que Cristo padeciese todo lo que habían visto padecer al Salvador: mi padre quiso que entrase yo en mi propia gloria por mis tormentos y mi muerte, siendo de este modo Salvador de los hombres; pero por mi gloriosa resurreccion he triunfado de todo el infierno, y de la misma muerte, y he abierto el cielo á los hombres, á quienes lo había cerrado el pecado, que yo he espiado con mi propia sangre. Veis aquí lo que quiero que prediqueis á todas las naciones del mundo, exhortándolas á la penitencia, y prometiéndoles de mi parte y en mi nombre, la remision de sus pecados. Quiere el Salvador que sus apóstoles prediquen á todos los hombres la remision de sus pecados, pero al mismo tiempo la penitencia; porque no se perdo-

na el pecado sin una penitencia sincera: sin penitencia no hay remision de los pecados.

La Epístola es del capítulo XIII de los hechos de los Apóstoles.

En aquellos dias: Estando Pablo en pié, y haciendo con la mano una señal pidiendo atencion, dijo: Hermanos míos, hijos de la prosapia de Abraham, á vosotros es, y á cualquiera que entre vosotros teme á Dios, á quienes es enviado este anuncio de la salvacion. Porque los habitantes de Jerusalem, y sus gefes, desconociendo á este Señor, y las profecías que se leen todos los sábados, con haberle condenado, las cumplieron: cuando no hallando en él ninguna causa de muerte, no obstante pidieron á Pilato que se le quitase la vida. Y despues de haber ejecutado todas las cosas que de él estaban escritas, descolgándole de la cruz, le pusieron en el sepulcro. Mas Dios le resucitó de entre los muertos al tercer dia, y se apareció durante muchos dias á aquellos que con él habian venido de Galilea á Jerusalem: los cuales hasta el dia de hoy están dando testimonio de él al pueblo. Nosotros pues os anunciamos el cumplimiento de la promesa hecha á nuestros padres: el efecto de la cual nos ha hecho Dios ver á nosotros sus hijos, resucitando á Jesucristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo XXIV de San Lucas.

En aquel tiempo: Se presentó Jesus en medio de sus discípulos, y les dijo: la paz sea con vosotros. Soy yo: no temais. Ellos empero atónitos y atemorizados se imaginaban ver algun espíritu. Y Jesus les dijo: ¿De qué os asustais, y por qué dais lugar en vuestro corazon á tales pensamientos? Mirad mis manos y mis piés: yo mismo soy: palpad, y considerad que un espíritu no tiene carne ni huesos, como vosotros veis que yo tengo. Dicho esto, mostróles las manos y los piés. Mas como ellos aun no lo acabasen de creer, estando como estaban fuera de sí de gozo y de admiracion, les dijo: ¿Teneis aquí algo de comer? Ellos le presentaron un pedazo de pez asado, y un panal de miel. Comido que hubo delante de ellos, tomando las sobras se las dió. Díjoles en seguida: Ved ahí lo que os decia cuando estaba aun con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo cuanto está escrito de mí en la ley de Moises, y en los Profetas, y en los Salmos.

Entonces les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: Así estaba ya escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese, y que resucitase de entre los muertos al tercero dia, y que en nombre suyo se predicase la penitencia y el perdon de los pecados á todas las naciones.

MEDITACION.

Sobre los caractères de una verdadera conversion.

Considera que á mas de la perseverancia en la gracia, y para lograr esta misma perseverancia, se requiere llevar á mas y mas grados la imitacion de Jesucristo en su resurreccion gloriosa. Desde luego se ofrece á nuestra consideracion aquel desprendimiento universal y aquella esencion de toda corrupcion con que sale del sepulcro. Nada saca de él que traiga el sello de la ignominia ó humillacion de la tumba; antes bien, deja en él la mortaja y el sudario que habian cubierto su sacrosanto cuerpo, haciéndonos por ello comprender que no solo nos conviene librarnos de la muerte del pecado, sino trabajar tambien en corregir todo hábito vicioso é inclinacion perversa que nos lleve á la culpa, y purificarnos mas y mas de las menores manchas y de las reliquias ó reatos del pecado. ¿Mas qué diremos del desprendimiento universal que ha de darnos el logro de la verdadera libertad? Mientras aquel no se tenga, mientras haya en nuestro corazon algun apego á las criaturas, no podemos ser libres con aquella libertad con que nos libró Cristo, ni podemos decir que lo imitamos en su resurreccion. No solo en esta, mas aun en el mismo sepulcro, Cristo fué libre entre los muertos, porque en él estaba con absoluto dominio sobre la muerte, y podia resucitarse en cualquiera momento que hubiera querido. Esto no podemos nosotros en la muerte de la culpa, porque necesitamos gracia, tiempo y voluntad para levantarnos del pecado; pero una vez resucitados á la gracia, sí podemos, ayudados de la misma, perfeccionar nuestra resurreccion espiritual por medio de un desprendimiento universalísimo, que precaviéndonos mas y mas de la muerte del pecado, nos dé la perfecta libertad, propia de los hijos de Dios.

Considera que Jesucristo resucitado no está ya en el mundo como estaba antes de su pasion en su vida mortal; pues en ésta habitaba de continuo entre los hombres, conversaba con ellos, y

padecía aquellas necesidades á que quiso sujetarse al tomar una naturaleza pasible; pero resucitado ya á una vida inmortal é impasible, solo se aparece á sus discípulos para darles pruebas de su resurreccion, iluminarlos y proveer á los medios por donde ellos y nosotros pudiésemos conseguir la nuestra espiritual: se deja ver y aun tocar de ellos; pero en un cuerpo glorioso é impasible; y si come con ellos, no es por necesidad, sino porque viesen que su cuerpo era verdadero: dándonos en todo esto ejemplo que imitemos en nuestra resurreccion espiritual. Si resucitamos con Cristo, debemos buscar las cosas de allá arriba, dice S. Pablo, donde Cristo está sentado á la diestra de Dios; no las cosas que están en la tierra, no los bienes temporales, no una felicidad perecedera. Nuestra conversacion debe ser en los cielos: nuestra vida debe estar escondida con Cristo en Dios; y si algunas veces nos presentamos delante de los hombres, ha de ser como Cristo resucitado lo hacia, esto es, de paso, de visita, al asunto, y de un modo que pueda conocerse que ya no somos los que antes éramos; sino unos hombres nuevos, esto es, virtuosos, arreglados, justos, edificantes, y libres de aquellas perversas propensiones con que antes de nuestra conversacion escandalizábamos al prójimo, y dañábamos tanto á nuestras almas.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh, mi divino Maestro, y cuánto os debo por haberme enseñado con la doctrina y el ejemplo, una moral tan sublime! Verdaderamente superior es á la capacidad del hombre, el conocimiento de una mística tan excelsa y recóndita, que bien se hubo menester el ejemplo de un Dios humanado para alcanzarla, y descubrir los medios por donde puede reducirse á la práctica! Yo os doy gracias porque me habeis hecho conocer el modo de adquirir una especie de inmortalidad é impassibilidad tan excelente, que tiene por tipo nada menos que vuestra resurreccion gloriosa; y espero que me ayudeis con vuestra gracia, para que sea, como os lo prometo, secundada con mis esfuerzos la disposicion de vuestra providencia.

JACULATORIA.

Nuestra vida, Señor, está escondida con Cristo en vos.

LECCION.

Continúa la materia de la precedente.

Jamas será bastante lo que meditemos acerca de la resurreccion de nuestro Salvador. Ya hemos dicho otra vez, que este es el misterio de los misterios. No solamente lo es porque fué el sello de nuestra santa religion, y porque nos dió la prueba mas inequívoca de la divinidad de Jesus, sino porque es el ejemplar que hemos de seguir en nuestra resurreccion espiritual. No nos separemos un punto de este modelo, y lograremos resucitar á la gracia tan verdaderamente como nuestro Divino Maestro resucitó á aquella vida gloriosa, en la que ya no puede tener lugar la muerte. Pues si tanto fruto podemos sacar de la contemplacion de aquel misterio, ¿podrá fastidiarnos su recuerdo? No ciertamente, y ya que nuestra madre la santa Iglesia dedica estos dias á su memoria y solemnidad, sigamos nosotros su espíritu. En nada pensemos, de nada hablemos, nada hagamos que no sea con relacion á él, y con la aplicacion correspondiente á nuestra resurreccion espiritual. Acordémonos de que los discípulos que iban á Emaús se ocupaban en conversaciones de esa clase, y merecieron que Jesus los instruyese y se les diese á conocer. Si nosotros imitamos á esos discípulos, tambien Jesus se portará con nosotros del mismo modo que con ellos. Se nos dará á conocer mas y mas, si no material, espiritualmente. La primera manifestacion no nos es necesaria, como lo era entonces para comprobar la realidad de la resurreccion: nosotros la creemos firmemente; pero la segunda, es decir, la espiritual, sí lo es, como que mientras mas conozcamos á Dios, mas lo amaremos, mas lo serviremos, y menos lo ofenderemos. Para lograr tan santos fines, continuemos tratando de la gloriosa resurreccion de Jesus.

Al contemplar á Jesucristo en las manos de la muerte, cubierto de llagas, todo ensangrentado, sin vida ni accion, sin movimiento, envuelto en un sudario, cubierto con una pesada losa, cualquiera hubiera creído que la muerte habia triunfado, y que la muerte del Salvador, hecho víctima de su poder, seria convertido dentro de breve en podredumbre y alimento de gusanos. Mas no es así; y si la muerte separó á la alma del cuerpo del hombre Dios, fué solo para manifestar su divino poder con mas esplendor. Salió, en fin, vencedor de la muerte, superando todos los obstáculos que se opo-

nian á su resurreccion, dando á su divinidad todo el esplendor que se habia eclipsado, y manifestándose á sus discípulos y apóstoles que le vieron en el sepulcro: tres circunstancias que constituyen la resurreccion de Jesucristo, modelo espiritual de nuestras almas. ¿Quiéres, lector piadoso, resucitar espiritualmente, esto es, pasar de la muerte á la vida, del pecado á la gracia, de una vida carnal y delincuente á una vida espiritual y cristiana? Pues debes, lo primero, vencer todos los obstáculos que se opongan á tu resurreccion; debes restituir á tu alma la hermosura que ha perdido por el pecado; y debes, por último, aparecer resucitado á la vista de tu prójimo: estos son los rumbos que tienes que seguir para resucitar con Jesucristo. ¿Qué hizo este divino Señor para salir del sepulcro? Hizo los mayores esfuerzos, y empleó todo su poder para vencer á la muerte, penetró la piedra, sacudió el sudario, trastornó las centillas, salió, resplandeció y tomó una vida absolutamente nueva: la muerte vencedora quedó vencida. *¡Oh muerte cruel! ¿Qué se han hecho tus victorias?*

De este modo Jesucristo venció á la muerte y salió del sepulcro. Ahora bien: ¿cuáles han sido los esfuerzos que hemos hecho en este santo tiempo para salir del sepulcro de nuestros pecados, para pasar de la muerte á la vida, del pecado á la gracia? Ningunos. Es verdad que ocurrimos al sacramento santo de la penitencia para calmar los remordimientos de la conciencia que nos inquietaban; mas confesemos de buena fé, que no pensamos en convertirnos verdaderamente á Dios: nos contentamos con decir que hemos violado el Evangelio; pero no tenemos voluntad de seguirle con mas fidelidad en lo sucesivo: nos acusamos de odios, de hurtos, de murmuraciones, de calumnias, de avaricias y de insensibilidad; mas no hacemos diligencia alguna para reconciliarnos con nuestro enemigo: la viuda y el huérfano quedan siempre despojados de sus bienes; la reputacion de nuestro prójimo siempre denigrada, el pobre siempre sin socorro, y tenemos para con él la misma insensibilidad que teniamos antes de nuestra supuesta conversion: esto, pues, no es haber resucitado; es necesario vencer nuestras pasiones, nuestros deseos y á los enemigos todos de nuestra salvacion; salir del sepulcro de nuestros desórdenes, sacudir lo que nos detiene en algun hábito criminal, y despedir, en fin, las compañías peligrosas que nos pervierten. ¡Ah! entonces sí que podremos creer que hemos resucitado verdaderamente y que hemos salido

del sepulcro de la muerte mas pestifera. No hay duda que las dificultades que esto presenta son muy grandes; mas no son invencibles: sofocar de un golpe la ley rebelde de la carne, arrancar las pasiones mas fuertemente grabadas, despojarse de unos bienes que tanto nos halagan, romper todo comercio y todo enlace con lo que mas se ama, son cosas verdaderamente difíciles, pero capaces de conseguirse con la gracia de Jesucristo. "A nosotros toca, dice S. Agustin, andar por el camino de la virtud, y á Dios quitar las dificultades que se hallan en él." Entrar en el camino de la virtud es obra nuestra; allanarle es obra de Dios.

Mas no es el único paso que debemos dar; es necesario restituir á nuestra alma toda la hermosura que le quitamos con el pecado. Jesucristo nuestro Señor, no se contentó solo con resucitar; restituyó tambien á su humanidad sagrada toda la hermosura que perdió en el sepulcro, y le dió todos los derechos de la inmortalidad: su cuerpo quedó impasible, sus llagas se convirtieron en señales de trofeo, y las ignominias del sepulcro en alabanzas de gloria. Pues bien, hemos quebrantado la cabeza de la serpiente, hemos salido del sepulcro de los pecados, hemos resucitado con Jesucristo; no basta esto, debemos hacer que renazca nuestra primera inocencia, con el auxilio de la penitencia, y grabar en nuestro corazon todas las virtudes que desterró de él la culpa: es necesario apartarnos del mundo y de sus vanidades, para no amar sino á Dios como á nuestro último fin. Entre tanto que estemos cordialmente mezclados con los hijos del siglo, usaremos sus modas, aunque insensatas; seguiremos sus máximas, aunque perniciosas; gustaremos sus placeres, aunque criminales; seremos mundanos, é imitaremos al mundo. Mas si hemos resucitado, si hemos vuelto á Dios, si hemos renunciado las cosas terrenas, si hemos formado la firme resolucion de mudar de vida, todas las cosas han de ser muy diversas en nosotros: ya no se ha de ver en nuestra conducta, ni flaqueza, ni languidez, ni enfermedad: nuestras conversaciones han de ser del cielo; nuestra sociedad no otra sino la de los justos; nuestro deleite la penitencia; nuestra vida la de la virtud, apartándonos siempre del mal, y practicando constantemente el bien.

No hay que engañarse en creer que con unas cuantas lágrimas, algunos suspiros, ya es suficiente para espisar los desórdenes de una vida delincuente. No seamos nosotros de este número. Si la Iglesia se regocijó con nuestra conversion, no la hagamos llorar y ge-

mir viendo en nosotros aquellas vicisitudes vergonzosas, tan comunes en las almas ligeras é inconstantes, que apenas se las ve en el camino de la virtud, cuando ya están en el del vicio. Cansados de los primeros ejercicios de penitencia, disgustados con los primeros sentimientos de santidad, atraídos de los antiguos objetos, ya se detienen en el mas bello camino, ya se extravían por veredas peligrosas, ya en fin se adormecen en la orilla del precipicio: de este modo, casi sin sentir, vuelven á su primera vida, digámoslo mejor, á su antigua muerte: luego su conversion no fué verdadera. Si pues la nuestra no ha sido fingida, si nuestras lágrimas han sido sinceras, los placeres ya no tendrán atractivos para nosotros, andaremos por un camino enteramente nuevo, todas nuestras acciones serán nuevas, nuevos nuestros pensamientos, nuevas nuestras palabras y nuevos nuestros proyectos.

Entonces, no solo habremos resucitado, sino que tambien nos manifestaremos resucitados. Jesucristo, nuestro divino Maestro, despues de la resurreccion, bebió y comió con sus apóstoles, conversó con ellos, é hizo que le tocaran las llagas para cerciorarlos de que verdaderamente habia resucitado. Es una ilusion creer, que es mejor convertirse secretamente y sin ruido, que presentar al público una escena que lo edifique y conmueva. Esto obliga á muchos á diferir ó á ocultar su conversion: temen parecer siervos de Dios, se avergüenzan de la virtud, y el cielo los asusta: semejantes á algunos judíos de aquellos tiempos, no se atreven á hablar claramente de Dios, y mucho menos se atreven á manifestarse discípulos fieles del Crucificado. Este secreto, esa vergüenza, de ningún modo son permitidos: un Dios verdaderamente grande, y tan digno de ser servido á todas luces, detesta esos miramientos y consideraciones infieles: él mismo ha dicho, que *aquel que se avergonzare de él delante de los hombres, será desconocido de él delante de su Padre*. Se avergonzará de todo cristiano que tenga temor de profesar claramente las obligaciones de su religion, y mas en un pais católico. Es preciso, pues, para resucitar verdaderamente, manifestarlo en nuestras obras, en nuestra conducta, en la práctica de todas las virtudes, con una completa separacion del mal y perseverancia no interrumpida en el bien: este es el provecho que debemos sacar del tiempo santo de la cuaresma, y de la piadosa leccion de estas doctrinas. ¡Ojalá así sea, pues de este modo se satisfará el único objeto que nos hemos propuesto!